

neades por medio de Filon, sino á la antigua, que tenia por maestro y caudillo en aquella era á Antioco Ascalonita, varon elocuente y de grande elegancia en el decir; y habiendo procurado Luculo hacerle su amigo y comensal, sostenia la oposicion contra los alumnos de Filon, siendo Ciceron uno de ellos; el cual escribió un tratado bellissimo en defensa de su secta; y en él para la mejor comprension hizo que Luculo tomara una parte en la disputa, y él al contrario; y aun el mismo libro se intitula *Luculo*. Eran entre sí, como ya se ha dicho, íntimos amigos, y seguian el mismo partido en las cosas de la república: pues no se habia separado Luculo enteramente del gobierno, y solo habia abandonado desde luego á Craso y á Caton la contienda y disputa sobre quien seria el mayor y tendria mas poder, como llena de riesgos y contradicciones: por quanto los que rezelaban de la grande autoridad de Pompeyo, habian tomado á estos por defensores del Senado, á causa de no haber querido Luculo tomar el primer lugar. Bajaba sin embargo á la plaza pública por servir á los amigos, y al Senado, si era necesario contrarestar en algo la ambicion y poder de Pompeyo: así invalidó las disposiciones tomadas por este despues de haber vencido á los dos Reyes; y como hubiese propuesto un repartimiento á los soldados, impidió que se diese, ayudado de Caton; de manera que Pompeyo tuvo que acudir á la amistad, ó por mejor decir á la conjuracion de Craso y César; y llenando la ciudad de armas y de soldados hizo que pasaran por fuerza sus decretos, expeliendo de la plaza á Caton y Luculo. Como los buenos ciudadanos se hubiesen indignado de este proceder, sacaron los Pompeyanos á plaza á un tal Veccio, suponiendo que le habian sorprendido estando en acecho contra Pompeyo. Cuando aquel fue interrogado sobre este hecho, en el Senado acusó á otros; pero ante el pueblo nombró á Luculo, diciendo ser quien le habia pagado para asesinar á Pompeyo; pero nadie le dió crédito, siendo á todos bien manifesto que aquellos le habian sobornado para levantar semejante calumnia; lo que todavía se descubrió mas á las claras, cuando al cabo de muy pocos dias fue Veccio arrojado á la calle muerto desde la cárcel, diciéndose que él se habia

dado la muerte: pues viéndose en el cadáver señales del lazo y de heridas, se entendió haberle muerto los mismos que le sedujeron.

Con esto todavía se apartó mas Luculo de los negocios; y cuando despues Ciceron salió desterrado, y Caton fue enviado á Chipre, entonces les dió enteramente de mano. Dícese ademas que antes de morir se le perturbó la razon, desfalleciendo poco á poco; pero Cornelio Nepote refiere que no la perdió Luculo por la vejez ó por enfermedad, sino que fue alterada por una bebida que le propinó Calístenes uno de sus libertos; y que el habérsela propinado fue para que Luculo le amase mas, creyendo que la bebida tenia esta virtud; y por fin que con ella se le ofendió y alteró la razon en términos de haber sido preciso que viviendo él se encargase el hermano de la administracion de su hacienda. Con todo apenas murió, como si hubiera fallecido en lo mas floreciente de su mando y de su gobierno, sintió el pueblo su muerte concurriendo á sus exequias; y llevado el cadáver á la plaza por los jóvenes mas principales, queria por fuerza sepultarle en el campo Marcio, donde habia sepultado á Sila; pero como nadie estaba prevenido para esto, ni era fácil que se tomaran las convenientes disposiciones, alcanzó el hermano á fuerza de razones y de ruegos que permitiese se hiciera el entierro en el lugar preparado al intento cerca de Túsculo. No vivió él mismo despues largo tiempo, sino que así como habia seguido de cerca al hermano en edad y en gloria, le siguió tambien en el tiempo del fallecimiento, habiendo sido muy amante de su hermano.

COMPARACION DE CIMON Y LUCULO.

En lo que mas debe ser tenido por feliz Luculo es en el tiempo de su fallecimiento; porque se verificó antes del trastorno de la república, que con las guerras civiles preparaba el hado: anticipándose á morir y terminar la vida cuando la patria, si bien estaba ya enferma, era todavía libre; y esto mismo es en lo que mas conviene y se conforma con

Cimon; que tambien murió cuando las cosas de los Griegos no habian decaido aun, sino que estaban en su auge: bien que este acabó sus dias en el ejército y con el mando, sin abandonar los negocios ni aflojar en ellos, y sin tomar por último premio de las armas, de las expediciones y de los trofeos los banquetes y las francachelas; que es en lo que Platón reprende á los de los misterios de Orfeo, atribuyéndoles haber dicho que el premio en la otra vida de los que se conducen bien en esta, es una embriaguez eterna. Pues si bien el ocio, el reposo y el tiempo pasado en los coloquios, que dan placer y enseñan, son entretenimiento muy propio y conveniente de un hombre anciano que quiere descansar de los afanes de la guerra y del gobierno; referir las acciones laudables al placer como al último fin, y pasar el resto de los dias, despues de las guerras y de los mandos, en los festejos de Vénus, en divertirse y regalarse, esto no es digno ni de la academia tan justamente celebrada, ni de un imitador de Jenócrates, sino de uno que se inclina á la escuela de Epicuro. Cosa por cierto bien extraña, pues que por términos contrarios la juventud de Cimon parece haber sido reprehensible y suelta, y la de Luculo aplicada y sobria. De estas mudanzas la mas laudable es la que se hizo en mejor, porque tambien es índole mas apreciable aquella en que envejece y decae lo malo, y lo bueno florece y persevera. Con haberse hecho ricos ambos de un mismo modo, no del mismo modo usaron de la riqueza: porque no es razon comparar con la muralla austral de la ciudadela, concluida con los caudales que trajo Cimon, aquellas viviendas de Nápoles y aquellos miradores deliciosos que edificó Luculo con los despojos de los bárbaros; ni debe ponerse en cotejo con la mesa de Cimon la de Luculo: con la que era republicana y modesta, la que era regalada y propia de un sátrapa; pues la una con poco gasto mantenía diariamente á muchos; y la otra consumía grandes caudales con unos pocos dados á la glotonería: á no ser que el tiempo fuese la causa de esta diferencia, pues no sabemos, á haber caido Cimon despues de sus hazañas y de sus expediciones en una vejez distante de la guerra y de los negocios de la república, si habria llevado todavía

una vida mas muelle y mas entregada á los placeres: porque era aficionado á beber, amigo de reuniones y censurado, como hemos dicho, en punto á mujeres; y los triunfos y felices sucesos, así en lo político como en la guerra procurando otros placeres, no dejan lugar á los malos deseos, ni siquiera dejan que nazca la idea en los que son por carácter emprendedores y ambiciosos: por tanto si Luculo hubiera continuado hasta la muerte combatiendo y mandando ejércitos, me parece que ni el mas severo y rígido censor habia de haber encontrado que reprender en él. Esto por lo que toca al tenor de vida de ambos.

En las acciones de guerra es indudable que uno y otro se acreditaron por mar y por tierra de excelentes caudillos; mas así como entre los atletas los que en un solo dia y en una sola contienda alcanzan todas las coronas, por una loable costumbre llevan el nombre de periódico-vencedores, de la misma manera Cimon, habiendo coronado á la Grecia en un solo dia por un combate de tierra y otro de mar, es justo que tenga cierto lugar preferente entre los generales. Y á Luculo fue la patria quien le dió el mando; Cimon á la patria: aquel teniendo esta el mando para con los aliados, dominó á los enemigos; y Cimon habiéndose encargado del mando cuando su patria seguia el imperio ajeno, hizo que á un tiempo se sobrepusiera á los aliados y á los enemigos: obligando á los Persas con haberlos vencido á separarse del mar, y persuadiendo á los Lacedemonios que voluntariamente se desistieran del imperio de él. Y si la obra mayor de un general es ganarse las voluntades con la benevolencia, Luculo fue despreciado de sus propias tropas; y Cimon venerado y aplaudido de los aliados: aquel se vió abandonado de los suyos; y á este se le unieron los extraños: el uno salio mandando, y volvió solo y desamparado; y el otro regresó dando órdenes á aquellos mismos con quienes al ser enviado obedecia lo que se le mandaba: habiendo alcanzado á un mismo tiempo para su ciudad las tres cosas mas difíciles, con los enemigos la paz, sobre los aliados el imperio, y de los Lacedemonios el reconocimiento voluntario de superioridad. Habiendo tomado por su cuenta uno y otro acabar con esta-

dos de gran poder, y trastornar toda el Asia, no pudieron venir al cabo de sus empresas; pero el uno solo tuvo contra sí la fortuna, habiendo muerto en el ejército, cuando todo le sucedia prósperamente; y al otro nadie podría eximirle enteramente de culpa, bien ignorase las disensiones y quejas del ejército; ó bien no ácertase á cortarlas antes de que llegasen á una abierta rebelion; ¿ó quizá alcanzó tambien algo de esto á Cimon? porque los ciudadanos le suscitaron causas, y por fin le desterraron por medio del ostracismo, para no oír en diez años su voz, segun expresion de Platon; y es que los de carácter aristocrático conforman poco con la muchedumbre, y no saben el modo de agrada-la; sino que mas bien, usando de rigor para corregir, son molestos á los perturbadores, al modo que las ligaduras de los cirujanos, sin embargo de que con ellas ponen en su natural estado las articulaciones: así acaso será necesario disculpar en este punto á entrambos.

Luculo llevó la guerra mucho mas allá del Tauro con un ejército; pasó el Tigris; tomó é incendió las cortes de los Reyes, Tigranocerta, los Cabiros, Sinope y Nisibis, extendiendo la dominacion romana por el norte hasta el Fasis, por el oriente hasta la Media, y por el austro hasta el mar Rojo por medio de los Reyes de la Arabia. Desbarató y deshizo el poder de ambos monarcas, no habiéndole faltado mas que la materialidad de cojer las personas, á causa de que á manera de fieras huyeron á refugiarse en desiertos y bosques inaccesibles, y de nadie antes pisados. Porque los Persas, como que no habian recibido de Cimon considerable daño, muy luego volvieron contra los Griegos, y destrozaron sus fuerzas en el Egipto; pero despues de Luculo nada dieron ya que hacer Tigranes y Mitridates: pues que este enflaquecido y acquinado con los primeros combates, ni una sola vez se atrevió á sacar ante Pompéyo sus tropas del campamento, sino que bajó en huida al Bósforo, y allí falleció; y Tigranes él por sí mismo se presentó á Pompeyo, postrándose desnudo ante él, y quitándose la diadema de la cabeza la puso á sus pies, adulando á Pompeyo con una prenda, que mas bien que á él pertenecia al triunfo de Luculo: así se dió por muy

contento cuando recobró los símbolos del reino, reconociendo que ya antes los tenia perdidos; por tanto es mejor general como mejor atleta el que deja mas cansado y debilitado á su contrario. Ademas de esto Cimon encontró ya quebrantadas las fuerzas de los Persas, y abatido su orgullo con las grandes derrotas que les habian causado, y con las incessantes huidas á que los habian obligado Temístocles, Pausanias y Leotuquidas: acometiólos en este estado, y hallándolos ya decaidos y vencidos en los ánimos, le fue muy fácil triunfar de los cuerpos; pero Luculo postró á Tigranes cuando vencedor en muchos combates estaba todavía en el lleno de su poder. En el número no seria tampoco razon comparar los que por Cimon fueron vencidos con los que se reunieron contra Luculo; de manera que al que todo quisiera confrontarlo le habia de ser muy difícil el determinarse: pues aun la naturaleza superior parece haberse mostrado aficionado á entrambos, anunciando al uno aquello que le convenia ejecutar, y al otro aquello de que debia guardarse: habiendo tenido uno y otro en su favor el voto de los Dioses, como dotados de una índole generosa y casi divina.

NICIAS.

Pues que nos parece que no vamos fuera de razon en comparar Nicias á Craso, y las derrotas causadas por los Partos con las sucedidas en la Sicilia, juzgamos oportuno rogar y amonestar á los que lean estas vidas, no sospechen que en la narracion de los echos relativos á ellas, en la que Tucídides excediéndose á sí mismo en la vehemencia, en la energía y en la elegancia, se hizo verdaderamente inimitable, hemos de incurrir en el mismo defecto que Timeo; el cual, lisonjeándose de superar á Tucídides en la facundia, y de hacer ver que Filisto era cansado y vulgar, se mete con su historia por medio de los combates de tierra y de mar y por